

masco, y en el último tercio del siglo VIII fundó en las márgenes del Tigris á Bagdad, la nueva capital del califato, que llegó á ser una ciudad de encantos y maravillas. Los califas, ó constructores fastuosísimos ó guerreros victoriosos, gastaban en sus palacios, en sus empresas y en sus peregrinaciones á la Mekka, un lujo tal, que á pesar de las exageraciones de los poetas, ha dejado la huella de una realidad sorprendente en las imaginaciones orientales; de estos príncipes, el más conocido fué el contemporáneo y amigo de Carlo Magno, el célebre Harun Arraxid, el califa de las "Mil y una noches." Las luchas con los griegos, de que salió victorioso, y las revueltas siempre debeladas del Jorasán (Asia Central, Merv, capital) lo distrajeron de sus ocupaciones de organizador y artista, en que había sido admirablemente dirigido por la familia de los Barmekidas, sus ministros, á quienes por celos despojó del poder y la fortuna. A la muerte de Harun, el elemento árabe representado por Bagdad y el persa que tenía su foco en Merv, entraron en tremendo conflicto, que acabó con el triunfo de los persas. El reinado del más grande de los califas abbasidas, Almamum, en el siglo IX, marca el apogeo de la influencia persa; como todos los reinados orientales, el de Almamum, es una mezcla de crímenes, de guerras con los sectarios, de campañas en el Asia Menor, de actos de generosidad y esplendor inverosímiles, de oro y sangre, de luz y sombra. Pero en su tiempo el partido persa hizo la tentativa heroica de reconciliar definitivamente la cultura helénica con el islamismo; el califa promovió una serie de guerras contra los bizantinos, para obligar al emperador á cederle á un sabio que vivía en Constantinopla; hizo traducir las obras helénicas, fundó numerosas escuelas é institutos dirigidos á veces por cristianos, estableció academias de sabios en que se discutía el Korán con entera libertad y que fueron un semillero de libre-pensadores; él prefería abiertamente la ciencia á la fe ciega y puede decirse que entonces nació lo que se ha llamado "la cultura árabe," que es apenas una transformación de la greco-oriental (Renan). —En ese mismo siglo de grandeza del califato abbasida, apuntaron todos los gérmenes de su lenta, pero irremediable decadencia; para hacerse una defensa personal contra los sectarios, los califas reclutaron entre los pueblos bravíos de las comarcas uralo-altaicas, una guardia que fué insensiblemente creciendo hasta componer un ejército en que predominaba el elemento *turk*; esta guardia turca comenzó por tomar parte en los disturbios interiores y acabó por hacer y deshacer califas

á su antojo; sus jefes ejercieron los más altos puestos del imperio y su caudillo principal, verdadero mayordomo de palacio, recibió del nulificado califa el dictado de "príncipe de los príncipes."—Entretanto el Califato se disgregaba; en Africa, en las regiones en que el elemento árabe y berberisco se habían mezclado, un *mahdi* (el mesías ó salvador que se suponía anunciado por Mahoma y que tamaño papel había de desempeñar en los destinos del islamismo hasta en nuestros días) que se decía descendiente de Fatimah, la hija del Profeta, organizó un vasto imperio africano que señoreó el Mediterráneo Occidental en el siglo IX y que tras uno y otro asalto logró al fin apoderarse de Egipto y extenderse por Siria en el siglo X; su dinastía se ha llamado de los fatémidas. En la parte oriental del califato, Persia, el Jorasán, toda el Asia Central, se habían emancipado; una de las grandes tribus turcas fundó en los confines del Afghanistan y Jorasán el imperio brillante de los gazneuidas, que sometió el Asia Central en parte y la India, y fué también un centro de cultura en el siglo XI. En la corte de este imperio floreció el poeta más grande del tiempo, Ferdusi, el Homero persa.—Una nueva oleada de nómades del Turkestán, los *seldchuccidas*, al mediar el siglo X, invade y somete el Asia Central (Persa y Jorasán), empuja á los gazneuidas hacia las comarcas índicas y arroja de Bagdad á los *buydas* que habían reemplazado á los turks. El imperio seldchuccida, al arrimo del espectro de califa que habían dejado en Bagdad, logra extenderse por el Asia anterior, domina y oprime á Jerusalem y se adueña de gran parte del Asia Menor. Mas al concluir el siglo X, el imperio estaba desmembrado en diversos sultanatos y debilitado por ende.

En la anarquía que vuelve á reinar entre los islamitas, comienza á hacer un siniestro papel una secta, cuyo jefe se llamaba el Anciano ó *Viejo de la montaña* y que se había dado por misión matar á cuantos rehusaban pertenecer á ella, islamitas ó cristianos. Esta secta de fanáticos que se estimulaban al crimen por medio de bebidas que producían el delirio como el hachich (*haxix*, de donde el nombre de *haxixim* ó asesinos) fué famosa durante más de un siglo.

4. La idea de una gran expedición al Oriente, para rescatar la tierra bendita en que el Cristo había vivido, muerto y resucitado, estaba en la atmósfera que respiraban las almas piadosas y caballerescas al concluir el siglo XI. Los papas habían tenido este ensueño, que parecía irrealizable; las grandes peregrinaciones de monjes y señores feu-

dales que visitaban á Jerusalem, alimentaban con sus narraciones el deseo y la esperanza, á un tiempo, de libertar el Santo Sepulcro. La invasión del Asia Menor por los seldchuccidas, la dominación de tribus intolerantes y crueles en Jerusalem, que ya no podía ser visitado por los cristianos, fueron causa determinante del designio del gran pontífice Urbano II, de promover un movimiento de la Europa Occidental rumbo al Oriente. Todo era ganancia para el pontificado en la realización de tamaña empresa; detenía los progresos del islamismo, convertía hacia el exterior y hacia una obra pía los indomables instintos guerreros del mundo feudal, instintos que habían estrechado el Occidente para una población sólo ocupada en combatir, sufrir y orar; lo unía bajo la dirección eclesiástica y fortificaba así su poder político y teocrático sobre Europa; ahogaba en el inmenso empuje de los ejércitos organizados á su voz, la *querrela de las investiduras*, demasiado prolongada ya y, por último, restablecía por la fuerza la unión de la Iglesia que el Cisma griego había desgarrado para siempre.—El Papa, del tumulto de la lucha con el imperio, partió á Francia y ahí dió cita á los obispos del orbe y á los más conspicuos barones del feudalismo; monjes y peregrinos, agentes suyos, recorrían las comarcas excitando el entusiasmo y la ira cristiana, en los castillos, las aldeas y las ciudades, refiriendo el sufrimiento de los fieles bajo la opresión espantosa de los mahometanos; entre estos predicadores ambulantes parece haber descollado un elocuente monje peregrino, Pedro el Ermita. Un concilio se reunió en el centro de Francia, en Clermont, el año de 1095; los discursos del pontífice francés conmovieron hondamente á los circunstantes, que al grito de "Dios lo quiere" decidieron partir y en señal de su compromiso se pusieron sobre el vestido una cruz roja; las poblaciones profundamente agitadas les dieron el nombre de *cruzados*. El pueblo excitado hasta el delirio dió su primer contingente; una inmensa turba se encaminó de Francia á Constantinopla, siguiendo el valle del Danubio; aquella corriente no sólo arrastraba entusiastas que con familias y todo tomaban el camino de la ciudad santa, sino que devastaba como una invasión de langostas; húngaros y eslavos los trataron como á bandidos; llegaron diezmados al Bósforo y el clima y los turcos acabaron con ellos en Asia Menor.

Mas aquella había sido la descubierta tumultuosa de la gran cruzada feudal, la que se denomina *primera cruzada*. Esta se organizó rápidamente; el pontífice garantizó sus bienes á los barones que no los

enajenaron á los deudores, contra los acreedores, por medio de anatemas contra los usurpadores ó los exigentes. De las orillas del Rhin, de Borgoña, del Sur de Francia, de Normandía, de Sicilia se pusieron en marcha los caballeros; dominaba en ellos ese sentimiento complejo que impulsaba á los conquistadores españoles de América en el siglo XVI; fervor religioso, espíritu caballeresco de aventuras, ambición de adquirir dominios mejores y más encumbrada posición que la que tenían en Europa, codicia ruda de despojar al Oriente de sus maravillosas riquezas y de gozar de sus deleites inexpresables; seguridad de obtener en tamaña empresa el Paraíso, aun cuando pecaran enormemente. Los cruzados llegaron á Constantinopla; el rey Alexis Comneno, de quien habían circulado cartas evidentemente apócrifas solicitando el auxilio de los occidentales, lleno de desconfianza y recelo justísimos, exigió la promesa de que lo reconocerían como soberano de las tierras que reconquistaran y los dejó partir; tras incontables penalidades se apoderaron de Antioquia y luego, mermado por el clima, la guerra y la deserción, aquel ejército que había pasado de trescientos mil soldados al entrar en Asia y que ahora constaba de cincuenta mil, llegó á Jerusalem, la tomó y se revolcó en sangre de musulimes y judíos; la cruzada había logrado su objeto.—En el mismo año de 1099 se organizó el nuevo reino franco de Jerusalem; el bravo y probo Godofredo de Bouillón, que había sido el alma de la empresa, fué el jefe del nuevo reino y se denominó, por humildad, Barón del Santo Sepulcro. Una reunión de próceres constituyó el flamante estado mediante una serie de ordenanzas conocidas con el nombre de *Assises de Jerusalem* [estatutos]. En ellos el sistema feudal tuvo su expresión más lógica y completa, porque se hizo una selección de costumbres feudales y la substancia de ellas adquirió fórmulas jurídicas; fueron los primeros códigos escritos del derecho feudal. Los feudos principales fueron los principados de Edessa y Antioquia, el condado de Trípoli, el marquesado de Tiro, los señoríos de Naplusa, Tibériades, etc.

En los tiempos que siguieron á la primera cruzada, se establecieron unas singulares asociaciones en que dos elementos prominentes de la evolución feudal se fundieron: el monaquismo y la caballería; hablamos de las órdenes eclesiástico-militares. Una había tenido su origen en un grupo de personas piadosas consagradas á atender á los peregrinos enfermos en Jerusalem; se llamó la orden de los hermanos hospitalarios de S. Juan de Jerusalem. Godofredo de Bouillón enriqueció este establecimiento y pronto se agregó á los deberes

de los hermanos, el de defender con las armas la Tierra Santa. La orden estaba dirigida por un gran maestro, bajo cuyo gobierno estaban todas las encomiendas y capítulos de Asia y Europa; poco á poco el cuidado de los enfermos fué lo secundario y la caballería lo principal. En 1118, varios caballeros franceses hicieron á un tiempo votos monásticos y de defensa armada de los Santos lugares y de los peregrinos; el rey de Jerusalem les dió un terreno junto á las ruinas del templo de Salomón y la nueva orden empezó á llamarse del Templo y *templarios* los asociados. Vestían de blanco y llevaban cruz roja; el personaje que domina la primera mitad del siglo XII, S. Bernardo, les dió un reglamento y procuró atraer á la orden á la juventud feudal que malgastaba su tiempo en cazas y torneos. La orden llegó á ser inmensamente rica y privilegiada. Ambas contribuyeron mucho á la obra de las cruzadas.

El reino de Jerusalem, en lucha con las autoridades eclesiásticas (los patriarcas de Jerusalem y Antioquía pretendían emanciparse de los papas) y con los musulmanes que se habían organizado mejor ante el peligro; mal visto por la corte recelosa de Constantinopla que lo consideraba nacido de una usurpación y poco bien defendido por los descendientes de los primeros cruzados, bastante dominados por los vicios orientales, necesitaba contar con el auxilio constante de la Europa feudal. Esta envió en el primer cuarto del siglo XII algunos ejércitos que se disolvieron ántes de ponerse en contacto con los cristianos de Asia. Y la situación en Europa era poco propicia á renovar la gran empresa con que el siglo XI había terminado.—*Alemania*. Un príncipe sajón, Lothario, había sido designado por los electores del reino para suceder al último emperador de la casa de Franconia. Este era de instintos pacíficos, pero tuvo que combatir siempre; un príncipe de la casa de Suabia, Conrado, se hizo declarar rey, al mismo tiempo que los cardenales divididos en dos grupos escogían sendos papas, Inocencio II y Anacleto; éste hizo alianza con el anti-césar Conrado y la lucha se encendió en Alemania é Italia. Como las ciudades iban adquiriendo importancia mercantil, cada vez mayor, y como aquellos mercaderes é industriales constituidos en gremios, aspiraban á gobernarse á sí mismos, exigiendo cartas y privilegios de los príncipes eclesiásticos y laicos, de los reyes y emperadores, por la fuerza algunas veces, constituyendo verdaderas repúblicas feudales á ejemplo de Venecia, de Génova, de Pisa, de Marsella, esto complicaba la situación por extremo. Y la complicaba más la formación considerable de un reino normando en el S. de Italia y Sicilia, vasallo y protector de los

papas, enemigo del imperio germánico y codicioso de arrebatarse las regiones griegas al imperio bizantino como le había arrebatado las sud-italianas.—Lothario era un monarca como los amaba la Iglesia; al antiguo juramento de los emperadores de ser “los patronos de Roma y los fieles defensores de la Iglesia,” se había sustituido el de conservar “la sumisión y la fe debidas al señor papa y á la santa Iglesia romana.” Todo esto redundaba en disminución del poder imperial; los señores eclesiásticos ya no prestaban generalmente homenaje, sino juramento; los príncipes laicos aglomeraban territorios cada vez más vastos y era un principio que el rey nada podría decidir relativo al reino, sino en asamblea general, y al interés de su ducado, sino en asamblea local. Lothario no podía pensar en una cruzada; antes era preciso combatir á los paganos eslavos en el Báltico, á los impíos Hohenstaufen, cuyo jefe era su rival Conrado, en el interior y restablecer al papa legítimo en Italia y extirpar el poder normando. En estas empresas lo ayudó el gran monje y profeta del siglo XII, de quien ya hemos hablado, que por su elocuencia, por la pureza de su vida, era el árbitro de la Iglesia de Francia y el fundador de las nuevas religiones monásticas de Clairvaux y el Templo; Bernardo se decidió por el papa Inocencio, lo hizo reponer en su silla de Roma por Lothario que recibió la unción imperial, mientras el rey normando se refugiaba en Sicilia; hizo más S. Bernardo, obtuvo la sumisión del anti-césar Conrado y cuando murió Lothario el mundo parecía dominado de nuevo por la sombra imperial.—El yerno de Lothario, Enrique el Soberbio, de la familia de los *Welfen*, duque de Sajonia, de Baviera y de Toscana pretendía el imperio, pero precisamente su inmenso poder territorial despertó el recelo de los electores que dieron la corona al ex-anticésar, Conrado, nieto de Enrique IV, el gran enemigo de Hildebrando, y jefe de la gloriosa y trágica dinastía de los *Hohenstaufen*. Todos se sometieron de pronto, pero el Welf Enrique el León, se subleva al fin, y la lucha civil recomienza. En estas campañas los gritos de guerra de los dos bandos eran: *hi wiblingen*, el de los de Conrado [del nombre de un castillo de los Hohenstaufen] y *hi welfen* el de los contrarios; de aquí los nombres tan célebres luego en Alemania é Italia, de *güelfos* y *gibelinos*.—Entretanto Roma se había convertido en República bajo el gobierno del elocuente y ardoroso discípulo de Abelardo, Arnaldo de Brescia, proclamando que ni el clero tenía derecho de poseer bienes, ni el papa de ejercer el poder temporal; y poco podía hacer el César por el

papa desposeído, porque las noticias de Oriente, que pintaban los peligros del reino de Jerusalem, las predicaciones de S. Bernardo, y el influjo creciente en Alemania de los monjes franceses y la literatura francesa, inclinaban los ánimos de los caballeros germanos hacia una cruzada. Conrado tomó la cruz y se dirigió al Oriente (1146).—*Francia*. El reinado del Capeto Luis VI, fué capital en la historia de Francia; los vasallos particulares del rey fueron debelados, los grandes vasallos, sobre todo los duques de Normandía [que eran también reyes de Inglaterra, como sabemos], aprendieron si no á obedecer, sí á respetar á sus soberanos franceses; el movimiento municipal y comunal tomó gran incremento, alguna vez y con miras particulares, favorecido por el rey; cuando el emperador de Alemania Enrique V invadió el territorio francés, á creer un texto mal leído hasta ahora quizás, todas las banderas comunales se agruparon en derredor del estandarte real (que era la enseña de la abadía de S. Dionisio, el *oriflamá*) y el germano tuvo que retroceder (1124). Luis VII, era un devotísimo príncipe, que tuvo la fortuna de tener como consejero á Suger, el hábil y prudente abad de S. Dionisio. Fácil fué á S. Bernardo empujar al joven rey hácia el Oriente, para hacerse perdonar sus pecados. *La segunda cruzada* fué en realidad la primera monárquica. No tuvo éxito ninguno; después de desastrosas campañas en el Asia Menor, Conrado y Luis se encontraron en Jerusalem; intentaron inútilmente apoderarse de Damasco y regresaron á Europa; el fracaso había sido completo; las profecías de S. Bernardo no se cumplieron y Jerusalem quedó en mayor peligro que nunca.

*La tercera cruzada*.—El siglo XII fué un siglo de transformación política, social é intelectual que debía consumarse en el siglo siguiente. Durante él, las grandes repúblicas italianas se organizan, las comunas llegan á su apogeo, nacen las ligas mercantiles alemanas y flamencas, prospera la monarquía francesa á expensas del feudalismo, los barones ingleses comienzan á zanjar los cimientos de las instituciones parlamentarias y el imperio alemán, nunca tan poderoso como bajo los Hohenstaufen, empeña un duelo más terrible con el pontificado, del que sale al fin vencido y con su derrota deja el campo libre al feudalismo en Alemania para organizarse definitivamente, y á la teocracia para intentar con esfuerzo supremo la dominación política del mundo. Cuatro grandes nombres están identificados con los comienzos de este vasto movimiento político: Felipe Augusto, en Fran-

cia; Ricardo Corazón de León, en Inglaterra; Federico Barbarroja, en Alemania, y Alejandro III, en Roma.—*Francia*. Luis VII volvió de la cruzada á Francia, resuelto á divorciarse de su esposa, la célebre Alienor de Aquitania; la Iglesia no admitía el divorcio en cuanto al vínculo, porque consideró siempre el matrimonio como indisoluble, pues que era un sacramento; mas siempre dispuesta (y esta fué una de las causas de su vitalidad) á transigir con las necesidades incombustibles, encontró subterfugios como el grado de parentesco ú otros, para disolver los matrimonios de los magnates; así fué que consintió en el divorcio de Luis. Este acto fué de gravísima trascendencia histórica, porque con su mujer devolvió el rey la dote, que eran las comarcas mejores de la Francia meridional. Sucedió que un Enrique Plantagenet, duque de Anjou, casó con la repudiada; mas este era, por su madre, heredero de la corona de Inglaterra y cuando esto se realizó, el rey de Inglaterra se encontró dueño de casi todo el Occidente de Francia, lo que trajo enormes consecuencias en la evolución de las dos nacionalidades: la inglesa y la francesa. Desde entonces el objeto principal de los reyes de Francia fué reducir á aquel vasallo que disponía de un reino á los límites de su isla; Luis VII luchó con el segundo esposo de su mujer casi hasta su muerte. Su hijo, Felipe II Augusto, era menor y quedó bajo la tutela de su madre; pero muy ambicioso, muy inteligente, sin escrúpulos y sin miedo, pudo pronto continuar contra los Plantagenets la política de su padre; ayudó á los hijos rebeldes de Enrique II, y cuando éste murió y el penúltimo hijo de Alienor la repudiada y del rey de Inglaterra, subió al trono con el nombre de Ricardo Corazón de León, hizo alianza con él para emprender la cruzada. Jerusalem había caído en poder de Saladino y la voz unánime de la Iglesia y del pueblo cristiano obligaba á los reyes á marchar al Oriente.—*Inglaterra*. Estéban de Blois, reconocido y casi elegido por los burgueses de Londres, que representaban de hecho al pueblo inglés entero, se vió desde luego envuelto en una serie de disturbios civiles promovidos por Mathilde, la hija del rey muerto y mujer de Godofredo de Anjou ó Plantagenet. La anarquía y el desorden fueron pasmados; la nobleza feudal desplegó una ferocidad extraordinaria y sin la Iglesia, que hacía el papel de pacificadora y proclamaba su derecho de hacer y deshacer reyes y reinos, la ruina de Inglaterra era segura. La Iglesia obtuvo que Estéban se reconciliara con sus enemigos y designó por heredero suyo al hijo de Mathilde, al que fué Enrique II,

rey de Inglaterra y dueño por herencia y por matrimonio de medio reino de Francia.—Enrique II descendía de una línea de barones ambiciosos y crueles, cuyo primer progenitor había sido un bandolero que fué premiado con algunas tierras en tiempo de los Carolingios por sus hazañas contra los normandos. En esta raza despiadada era característica la ausencia de sentimientos de familia: los hijos aborrecían á los padres y los hermanos se odiaban mortalmente. Mas no faltaban cualidades guerreras, don de gobierno y singulares aptitudes políticas á los angevinos.—Enrique II intentó varias reformas con el objeto de fortificar la realeza. Las *Constituciones de Clarendon* daban intervención al rey en la vigilancia de las elecciones eclesiásticas y suprimían, casi, las inmunidades y fueros de la iglesia anglicana, sometiendo los tribunales y la justicia eclesiástica á una dependencia completa de la justicia real. Un favorito del rey, Tomás Becket, ministro suyo primero y luego por él colocado en el arzobispado de Canterbury, fué acaso el único obispo que se opuso á su protector, pero con una energía y una convicción tan profundas, que la lucha fué terrible; Roma intervino y el rey de Francia; mas Enrique acabó por hacer asesinar al valiente prelado, en su templo mismo, lo que indignó á la cristiandad y elevó á Tomás de Canterbury á la categoría de santo y de mártir. Enrique hizo pública penitencia; pero sus hijos, con sus incessantes rebeliones le hicieron expiar su culpa. Murió dejando la corona á Ricardo y maldiciéndolo, lo mismo que á su hijo favorito Juan. Se puede decir que de Enrique II data la legislación actual de Inglaterra y, sobre todo, el *juicio por jurados*, tal como ha subsistido hasta hoy. Ricardo comenzó por cruzarse y partió rumbo á Oriente en 1190.—*Alemania.* El nombre de Federico Barbarroja llena la historia en la segunda mitad del siglo XII. Reconocido y coronado en Alemania, se impuso por su figura, su prestigio, su moderación en el uso del poder para con los grandes á quienes colmó de favores, sobre todo al jefe de la casa güelfa, Enrique el León, y para con los débiles á quienes protegió afianzando la paz en donde quiera y destruyendo á los bandidos, que al abrigo de sus castillos y de sus títulos feudales mantenían la inseguridad en el reino. Federico trató de someter y pacificar á Italia, su segundo reino. Acabó con la república romana, sosteniendo frente á los enviados de la ciudad eterna la teoría cesarista pura de que el pueblo había delegado todo su poder en el emperador, y entronizando al papa, mientras hacía quemar el cadáver del tribuno Arnal-

do de Brescia y era ungido emperador.—Federico tenía una idea eminentemente feudal de su misión, á pesar de creerse descendiente de Trajano y Justiniano y á pesar de que los flamantes profesores del derecho romano redivivo en la enseñanza de la Universidad de Boloña, le demostraban que era su voluntad la suprema ley; de ese concepto feudal fluyó la política de proteger individualmente al campesino y al burgués, pero de impedirles reunir sus gremios por juramentos (conjuraciones), sofocar por ende las nacientes libertades municipales y tener sometida la pequeña nobleza á los grandes príncipes laicos ó eclesiásticos. La experiencia le enseñó luego lo que había de erróneo en este sistema.—Mientras consolidaba su dominación sobre el antiguo reino de Borgoña, que se llamaba de *Arles*, y fundaba el ducado de Austria, varias ciudades lombardas en plena evolución hacia la república municipal, se organizaban bajo la hegemonía de Milán; estas ciudades sostenían que el emperador, como soberano, sólo podía exigirles las obligaciones feudales, dejándoles su plena autonomía; Federico creía tener sobre los habitantes de ellas y sus propiedades una autoridad absoluta. De aquí el conflicto y la lucha armada; en el primer acto de esa lucha, el emperador obtuvo la sumisión de los lombardos; pero el papa y muchos nobles y obispos protestaron contra la teoría del absolutismo que los ponía á merced del emperador; un nuevo papa, Alejandro III, nombrado al mismo tiempo que el partido imperial elegía á otro, arrojó el guante é hizo de la causa de la libertad italiana y del pontificado una sola. La nueva querrela fué espantosa; Federico incendió y arrasó á Milán y quiso obligar á la cristiandad á reconocer á su antipapa, ejerciendo una verdadera tiranía religiosa; á los reyes de Inglaterra, de Francia, que no desconocían á Alejandro III, los trataba de régulos de provincia. No todo era triunfo; la liga lombarda se rehacía; Milán, la heroica, reconstruida por los coligados, se erguía amenazadora como nunca, y entre la Lombardía y el Piamonte se elevó una ciudad nueva, el baluarte de *la liga*, llamada Alejandria en honor del papa, protector de la libertad. Por fin, Federico es completamente vencido por los burgueses en Legnano (1175) y poco después celebra la paz en Venecia, besando los pies á Alejandro III en la basilica bizantina de S. Marcos. De vuelta á Alemania, sometió á Enrique el León, el güelfo que se creía más potente que el emperador y distribuyó sus dominios de Sajonia y Baviera; hizo reconocer á su hijo *rey de romanos* y en 1184 convocó á la Alemania entera y á Europa á la gran

dieta de Maguncia. Fué esta la apoteosis del imperio. Allí se dió cita la flor y nata de los vasallos del emperador, rey de Italia, rey de Arles y rey de Alemania; como la cultura francesa había penetrado en Alemania, los trovadores y los *minesinger* compitieron en la celebración de aquellos festejos monstruosos. La lucha con la Iglesia estuvo á punto de reencenderse con motivo del matrimonio de Enrique, el hijo de Federico, con la heredera del trono de ambas Sicilias; el papa iba á verse envuelto así por el poder imperial. Mas llega entonces la noticia del gran desastre de Oriente: Jerusalem había sucumbido. Una inmensa emoción religiosa se apodera de la Alemania feudal; Barbarroja arregla la herencia de su hijo y acompañado de lo mejor de la caballería germánica, italiana y borgoñona, toma por Hungría el camino de Asia.

La tercera cruzada parecía destinada á la reconquista de la Tierra Santa, tantos eran los recursos allegados y tan poderosos los príncipes que la guiaban. Verdad es que nunca los barones de Occidente habían encontrado enemigo más digno de ellos, el célebre Saladino (Sala-Eddín). En el desquiciamiento causado en la Siria musulmana por la primera cruzada, había surgido un nuevo sultanato en Damasco, que mermó el poderío del reino de Jerusalem y que la segunda cruzada no pudo arruinar. A la muerte de Nur-Eddín, este sultanato desapareció; Sala-Edín, descendiente de Ayub y de origen armenio, que por cuenta de Nur-Eddín había conquistado á Egipto, dando fin á la dinastía de los fatémidas, se declaró independiente y provocado por la insensatez y la avidez de los barones cristianos que impedían el comercio entre Egipto y Damasco, pillando las caravanas, les hizo la guerra; cayó en su poder la Siria entera y, después de la batalla de Tiberiades perdida por el rey Guido de Lusignan, Jerusalem misma. El ayubita era no sólo un soldado de primer orden, sino un tipo de las virtudes caballerescas en que competían musulmanes y cristianos. La cruzada alemana perdió á Barbarroja, ahogado en las aguas del Salef, en Asia Menor, y estuvo á pique de disolverse; el rey francés llegó primero á Siria en donde encontró á los restos del ejército alemán sitiando á Ptolemaida (S. Juan de Acre) y esperó á Ricardo de Inglaterra, con quien había tenido serias desavenencias en Sicilia y que se entretenía en arrancar la isla de Kypre á los bizantinos. Durante el sitio de Ptolemaida, se multiplicaron de una y otra parte los rasgos de heroísmo caballeresco, que no excluía por cierto la ferocidad guerre-

rra, distinguiéndose, entre todos, Ricardo, por sus proezas, que pronto fueron legendarias y que dejaron larguísima y fantástica memoria en Oriente. Señoreados de Ptolemaida los cristianos, Felipe Augusto navegó la vuelta de Francia y Corazón de León quedó solo; después de mil combates y hazañas comprendió su impotencia para recobrar á Jerusalem, celebró una tregua con Sala-Eddín, que permitió á los peregrinos cristianos visitar el Santo Sepulcro y en 1192 volvió á su patria.

Ya al fin del siglo XII, el entusiasmo por las cruzadas declinaba, á pesar del celo de los monjes y de algunos pontífices; mejor dicho, se veían bajo otro aspecto: eran más bien grandes empresas mercantiles armadas. Antes de concluir el siglo, Alemania tuvo un emperador notable, Enrique VI, el hijo de Barbarroja. Todo se conjuró en contra suya; los güelfos, acaudillados por Enrique de Brunswick, hijo de Enrique el León, sublevaron parte de Alemania y el Sur de Italia; la herencia de su esposa Constanza le fué arrebatada por algunos nobles indígenas y Tancredo, bastardo del último rey normando. Acabó por sobreponerse á todo, por la política en Alemania y por la fuerza y el terror en Italia. Concibió el proyecto de hacer hereditario el trono imperial en su familia, dando en compensación á la alta nobleza, el reconocimiento de la herencia en los *oficios* á los laicos y de la inmutabilidad de los beneficios á los eclesiásticos. No logró sus miras, á pesar del asentimiento de muchos magnates y tuvo que aplazarlas. Su otro gran designio fué apoderarse del imperio de Oriente; era voz general en Europa, que el fracaso de las cruzadas se debía á la perfidia insigne y á la hostilidad invencible de los bizantinos y el deseo general de toda la gente de armas y especialmente de las ciudades marítimas de insaciable ambición como Venecia, era adueñarse de Constantinopla, llave de Asia. En esto murió Enrique VI, dejando en Palermo á un hijo de dos años, Federico, que, antes de ser bautizado, había sido reconocido como *rey de romanos*.

5. Antes de abandonar el siglo XII, precisa hacernos cargo de la significación substancial del gran movimiento que indica el advenimiento de la clase media ó burguesía á la historia medioeval y que se marca, sobre todo, en Italia y en Francia; nos referimos á las Comunas ó Municipios, verdaderas repúblicas locales más ó menos autónomas.—Las primogénitas de la libertad republicana en la Edad-Media fueron *las ciudades marítimas de Italia* y la república nació del

poderío de las burguesías, que tuvo por causa el comercio. Amalfi, que bajo los auspicios de los griegos comerció con los sarracenos de Sicilia y Africa, y á veces los ayudó á pillar aun á los Estados cristianos, fué la más antigua de estas repúblicas; las espléndidas telas fabricadas por los bizantinos y los alejandrinos, fueron por su conducto á Roma, gran centro de comercio para objetos del culto, cada vez más ostentoso y espléndido; la conquista de la Italia bizantina por los normandos, cerró á los amalfitanos el camino de Oriente y tuvieron, para conservar algo, que humillarse á los venecianos. Génova y Pisa fueron en el mar de Italia repúblicas importantísimas, aunque su libertad comunal y el derecho de darse cónsules, no lo conquistaron sino en el siglo X, dominadas como estaban por los agentes de los conquistadores germanos de la península; mas sus guerras con los sarracenos en el Mediterráneo occidental les hicieron cobrar fuerzas, y cuando la isla de Sicilia fué normanda ya pudieron navegar en el Mediterráneo de Oriente y tomaron parte activísima en las luchas entre musulmanes y cruzados, al grado que puede decirse, sobre todo de los genoveses, que no hubo ciudad conquistada sin ellos; en cambio sus privilegios en los lugares conquistados fueron muchos [posesión de molinos, iglesias, hospicios, de calles ó barrios en las ciudades, con sus autoridades especiales] y estos privilegios aumentaban su comercio y su riqueza, á pesar de su turbulenta historia interior. Venecia es la más antigua de esas repúblicas; fundada por la población fugitiva de los bárbaros en el siglo V y á cubierto de todo ataque en sus islas, ya en el siglo VI sus galeras recorrían todo el Mediterráneo; se mantuvieron fieles á sus soberanos bizantinos que les dejaban plena libertad de nombrar sus duques (doges) y pronto mantuvieron relaciones mercantiles con los árabes, de cuyos puertos traían especiería y artefactos de lujo en cambio de madera y esclavos europeos; las mismas relaciones sostenían con Constantinopla, llegando á obtener, por su alianza interesadísima con los bizantinos contra los normandos, que amenazaban arrebatar el Adriático á Venecia, privilegios inmensos en el imperio de Oriente; y las mismas relaciones cordiales mantuvieron con los dominadores germanos de la Lombardía para tener expeditas las rutas de Alemania. Ya enteramente autónomos cuando empezaron las cruzadas, los venecianos tomaron parte en ellas, fletando buques y llevando flotas en auxilio de los cristianos. La Constitución de Venecia era ya eminentemente aristocrática,

cuando esto sucedía: al *dux* omnipotente de los primeros tiempos sucede un dux electo, de autoridad limitada por los seis consejeros de la *señoría*, que eran los ministros obligatorios, por un cuerpo de jueces que colaboraba en sus funciones judiciales, y otro de notables [*pregadi*] al que estaba obligado á consultar en los asuntos graves. En Génova, en Pisa, las familias nobles ejercían en realidad el gobierno también y las luchas entre ellas en el interior y las de las ciudades entre sí [genoveses contra pisanos por la posesión de Córcega y el dominio del mar Tirreno, y venecianos contra pisanos y genoveses, por el monopolio del comercio de Oriente], amenazaron precozmente sus sendas autonomías.—Las ciudades del interior, á ejemplo de las litorales, aspiraron á la libertad; los gremios de artes, ya los *mayores* formados de mercaderes, ya los menores, de artesanos, organizados cada uno interiormente en sus respectivos cuarteles, como un monopolio y como un ejército, se *conjuraban* y formaban la ciudad; reunidos al toque de la campana de rebato en la torre de la casa del pueblo, formaban un parlamento, que ejercía soberanía inapelable y nombraba varios cónsules, asistido por un gabinete secreto [la *credenza*]. En tiempo de guerra, cada cuartel, con su gonfaloniero al frente rodeaba al estandarte de la ciudad, colocado sobre un altar en un carro [*carrocio*] y marchaban á la batalla; así hemos visto á los milaneses luchar con Barbaroja y vencerlo. Estas repúblicas, llenas de nobles que tenían su domicilio fortificado dentro de ellas, tenían una vida tempestuosa y precaria. Las más notables fueron Milán y Bolonia, y bastante después Florencia; Roma luchó en vano por su libertad municipal.—En *Francia*, la vecindad y ejemplo de Italia influyeron en el desenvolvimiento de las ciudades meridionales, en que los municipios romanos no habían dejado huellas en las instituciones, pero sí recuerdos y desde el siglo XI se emancipan del señor feudal, que á veces retiene una parte de la ciudad, y constituyen verdaderas repúblicas con sus cónsules, sus concejos, sus asambleas, sus ejércitos, sus flotas, sus monedas, y el comercio que las enriquece y la cultura que las ilustra hacen de Marsella, Avignon, Tolosa, Montpellier, sinónimos de riqueza y bienestar. En el Norte el movimiento comunal tomó otro aspecto; ahí la nobleza feudal era más poderosa y más miserable la condición de las poblaciones urbanas; pero el comercio las va enriqueciendo, los gremios se forman y se conjuran, y á orillas de las rutas mercantiles que suben de Italia al Norte, aparecen las comunas juradas francesas

y flamencas; arrancan casi siempre por la fuerza, y á veces en medio de sangrientas tragedias, al señor feudal, al obispo por regla general, su carta de franquicia y logran gobernarse solas, tratar y combatir entre ellas, poner á su cabeza un cuerpo municipal presidido por un corregidor [mayor ó maire], se cubren de edificios suntuosos, la catedral, el *hotel de ville*, dominado por la torre de rebato que convoca ó alarma á los ciudadanos, en suma, se organizan en el interior como repúblicas aristocráticas y su aspecto exterior es el de personalidades feudales colectivas. Otras ciudades hay en el interior con cartas también, pero gobernadas por agentes reales y que sirven de ejemplo á muchas.—En *Inglaterra*, en el siglo XII, abundan las comunas libres y entre todas descuella Londres, colmada de privilegios, creadora de reyes alguna vez, y rica ya por su comercio con Francia y con Flandes, que saca por ella las lanas inglesas de que se alimentan sus industrias; los reyes ingleses en sus dominios de Francia habían creado una comuna típica: Ruan y los *establecimientos de Ruan* fueron seguidos por muchas comunas nuevas; la carta así llamada era una transacción entre la autonomía y la autoridad regia, que escogía los gobernantes de la ciudad, entre los propuestos por ella. Hubo también comunas rurales formadas de aldeas ó grupos de aldeas.

El movimiento comunal se desenvuelve durante el siglo XII y se transforma en Italia y declina en Francia durante el siglo siguiente, que es precisamente cuando toman vuelo las ciudades libres alemanas y flamencas. En Francia las comunas tuvieron por causa las invasiones normandas que aumentaron la población de las ciudades con los fugitivos de los campos, la organización inmemorial de la población urbana en asociaciones (gremios, cofradías, *ghilds*), su enriquecimiento paulatino por el comercio y la organización industrial que tendía á perfeccionar el artefacto y la agrupación de los gremios para hacer frente á la opresión feudal, arrancando la carta al obispo, comprándola al señor que partía para la cruzada, obteniéndola del rey. No es cierto que los monarcas favorecieran sistemáticamente á las comunas en el siglo XII; unas veces las protegieron y las persiguieron otras, según el interés del momento. Las comunas fueron entidades feudales colectivas, con sus obligaciones respecto de un soberano, sus vasallos, etc. Desaparecieron con el régimen feudal.

## EL SIGLO XIII.

1. Inocencio III; las nuevas cruzadas; las nuevas órdenes religiosas; la Inquisición.—2. Francia; progresos de las instituciones monárquicas.—3. Inglaterra: fundación y primer desenvolvimiento de las instituciones libres.—4. España; avance definitivo de la Reconquista.—5. El duelo entre los Hohenstaufen y el Papado; Federico II.—6. Alemania y el Feudalismo.—7. Italia y la anarquía.
8. Las últimas cruzadas; la invasión mongólica; la restauración del imperio bizantino. Consecuencias de las cruzadas.—9. La cultura general.

1. Es el siglo XIII uno de los más grandes y fecundos de la historia; la Iglesia que ha construido la trama de la Edad Media, llega al apogeo del poder y el mundo cristiano parece definitivamente sometido á la teocracia; pero entonces precisamente y gracias al largo contacto del Occidente con el Oriente griego y árabe, la cultura intelectual toma inmensas proporciones y todos los indicios de la emancipación de la sociedad laica de la tutela eclesiástica, aparecen.—La figura que domina en la aurora de este siglo, es la del conde de Segni, que en el solio pontificio, á que sus vastos conocimientos teológicos, su virtud y su celo lo elevaron, se llamó Inocencio III. Pacificar á Italia y libertarla de la terrible amenaza del nuevo poder imperial que había reemplazado en el Sur á los normandos, aplacar las discordias de los príncipes y de éstos y los pueblos, para recalentar el fervor religioso y dirigirlo contra infieles y hereges en Europa y dar el golpe de gracia al islamismo, más dividido que nunca en Asia, tal fué el programa de aquel teócrata ilustre. En virtud de él intervino en todos los grandes acontecimientos de Europa, puso en entredicho á pueblos y soberanos y dió y quitó coronas á su antojo, mejor dicho, según el interés, y frecuentemente un interés muy terrenal y hasta financiero, se lo aconsejaba.—Entretanto la gran cruzada que los monjes y legados del papa predicaban en la cristiandad se organizaba y el centro de reunión de los cruzados era Venecia. La expedición debía dirigirse á Egipto; esto no convenía á los Venecianos; otro era el pensamiento del dux, de Enrique Dándolo, el más insigne capitán y político de aquellos tiempos.—El imperio bizantino pasaba por una de esas crisis terribles, de que son presa los organismos que han durado bastante. El reinado de Manuel Comneno, que coincidió con la primera cruzada del siglo XII, había sido un esfuerzo prolongado para devolver á Constantinopla un gran papel en los asuntos europeos; cierto, el emperador



era digno, por su inteligencia y su energía superiores, de tamaño intento, pero en las condiciones del Occidente era imposible; esto no se podía lograr tratando, sino combatiendo y venciendo, si acaso. En Asia tras el del sultán de Mosul, se preparaba el imperio de Saladino; en Europa, madgyares y eslavos rompían sin cesar las fronteras, y los exactores de la fastuosa corte bizantina preparaban la resurrección de un imperio búlgaro-válaco que el papa se apresuró á reconocer; los francos, dueños de Siria, como cruzados, amenazaban á Grecia, cuyas más ricas é industriales ciudades (Tebas, Corinto) saqueaban y arruinaban con su habitual ferocidad los normandos de Sicilia; al mismo tiempo un río de soldados alemanes y franceses pasaba por Constantinopla; en estas circunstancias, la duración del imperio griego era un milagro de vitalidad y de inteligencia. Manuel se alió con los venecianos, ofreció al papa la sumisión de la iglesia bizantina, si el papa lo reconocía emperador de Occidente, lo que ni el mismo Alejandro III en el período álgido de su querrela con Barbarroja pudo consentir. A la muerte de Manuel, Andrónico, pariente suyo, célebre por sus vicios y sus cualidades físicas, especie de Alcibiades ó Demetrio, usurpó el trono y desplegó en él grandes talentos de administrador y mucha crueldad y depravación; una revolución lo privó del trono y á la notable dinastía de los Comnenos, sucedió la débil é infortunada de los Angelos. El odio por los extranjeros, por los italianos, sobre todo, era intenso en el pueblo bizantino; se dió el caso de enormes asesinatos en masa de italianos en Constantinopla; luego los genoveses y los pisanos disputaban con éxito á veces sus privilegios á los venecianos; Dándolo, que había sido, según se decía, víctima de un atentado en el palacio mismo del basileo, creía posible y juzgaba indispensable para su país, la supresión del imperio griego; supo, por una serie de exigencias y concesiones, orillar á los barones feudales de la nueva cruzada, que se encontraron deudores insolventes de la República, á marchar sobre Constantinopla con el fin ostensible de reponer en el trono á Isaac Angelos, aprisionado por un usurpador. Los asedios de Constantinopla por los cruzados, el primero para reponer á Isaac y el segundo para arrebatarla definitivamente á los griegos, que pudieron haber rechazado á sus enemigos si oportunamente hubiesen encontrado un jefe á la altura del peligro, fueron actos de vandalismo; incendios terribles, destrucción de edificios, saqueo de templos y palacios, tales fueron las escenas de aquel temeroso drama; á punto estuvo de

perecer el inmenso tesoro helénico conservado en las bibliotecas bizantinas y destinado á dar el impulso definitivo á la civilización occidental.—Pasaba esto en 1204; el Pontífice que había reprobado aquella cruzada contra cristianos, aceptó los resultados, sobre todo, la unión forzosa de las dos iglesias y la fundación del *Imperio latino*, que al nacer se desmembró en feudos repartidos entre los jefes vencedores; la corona imperial tocó al conde de Flandes, Balduino (Baudouin), y los venecianos, autores de aquel atentado, allegaron tales concesiones que pudieron denominarse oficialmente "señores de un cuarto y medio del imperio."

Cuatro años después el Papa hacía predicar en la Europa entera una nueva cruzada de cristianos contra cristianos; la Iglesia iba á abusar del terrible instrumento que el prestigio religioso había puesto en sus manos.—La región más culta del Occidente cristiano, en donde las costumbres eran ya refinadas, la ciencia, hija de la influencia árabe, más general y más cultivada la poesía lírica y satírica de los trovadores que tanto había de influir en los destinos de la literatura europea, era el condado de Tolosa, entre el Ródano, el Garona y los Pirineos. A la sombra del espíritu de tolerancia, distintivo de los pueblos ilustrados, se había propagado una creencia que se extendía por Bulgaria, Macedonia y Lombardía y que provenía de una famosa heregía de los primeros siglos de la Iglesia, el *maniqueísmo*, que reconocía como los persas dos principios, el del bien y el del mal. Los adeptos de esta creencia se llamaban *katharos*, los puros, y en realidad no era una heregía, sino una religión, que rechazaba el antiguo testamento, predicaba el horror de la materia y formaba una Iglesia, con obispos y diáconos y un culto simplísimo que consistía en la imposición de manos (*consolamentum*) la confesión pública y la oración dominical.—Desde el siglo XII perseguía la Iglesia esta agrupación que dominaba completamente el Mediodía y que contaba con el apoyo más ó menos ostensible de los barones, mas sin éxito alguno; bastaba comparar las costumbres fastuosas de los monjes de Cluny y de los de Cîteaux, encargados de las misiones, con las de los sacerdotes *katharos*, para dar á éstos toda la ventaja, y así la que, por tener su centro en la ciudad de Alby, se llamaba *heregía de los albigenses*, progresaba siempre. Roma se disponía á usar de todo su inmenso poder para extirparla y las misiones católicas cambiaron de aspecto cuando las organizó un español, de alma de apóstol, de intachable vida, de elocuencia apasionada y

cuyo celo, traspasando los límites de la caridad cristiana, se convertía en fanatismo: "deja caer tus manos sobre ellos, Señor, y castígalos, para que con el sufrimiento despierte su inteligencia," decía Domingo de Guzmán y en esas palabras, en que no había un átomo del espíritu del *Sermón de la montaña*, estaba en germen la Inquisición entera.— La agitación era inmensa en el Mediodía; Inocencio III envió á un legado á exigir á Raymundo VI, conde de Tolosa, que exterminara á los hereges; éste se resistió, el legado fulminó contra él toda su ira cristiana y dos barones del séquito de Raymundo lo asesinaron. Esta fué la señal de la guerra; la voz de Inocencio clamó venganza ante los príncipes católicos "Sús, soldados de Cristo, á ellos," decía en sus cartas ardientes. Un alud de cruzados franceses, alemanes, flamencos, cayó sobre la infortunada región; las ciudades fueron tomadas y destruidas, á pesar de la heroicidad de sus defensores, los castillos saqueados y arrasados, millares de personas pasadas á cuchillo ó quemadas ¿qué importaban los inocentes? Dios escogería á los suyos, decía uno de los legados. Ahí terminó la cultura provenzal; con la heregía fué extirpada el alma misma de una civilización. El más distinguido de los cruzados, era un veterano lleno de inteligencia, de fanatismo y de valor, Simón de Monfort. El atacó á Tolosa, arrojó á Raymundo y fué proclamado conde de Tolosa; venció al caballeresco rey trovador, Pedro de Aragón en la batalla de Muret en que perdió la vida (1212), mas al cabo Monfort murió al querer sofocar en sangre una rebelión de Tolosa, y más tarde el hijo de Raymundo heredó el condado, que pasó por un arreglo de familia al rey de Francia. Inocencio antes de morir convocó un concilio ecuménico, el décimo segundo, al que acudieron 71 patriarcas y metropolitanos, 412 obispos, 900 abades y 2,000 sacerdotes, para tratar de la *reforma de la Iglesia*, la conquista de la Tierra Santa y la extirpación de la heregía. Aquel concilio fué una apoteosis de la teocracia, personificada en el Papa, que había exterminado á los albigenses y recibido el homenaje feudal de los reyes de Inglaterra y Aragón.

El gran concilio no había dado con el medio verdadero de reformar la Iglesia, de volverle su prestigio perdido ó amenguado en el ánimo de las masas por el carácter mundano que asumía, de despertar el fervor religioso del pueblo; esta obra de salvación nació como otras veces de una reforma monástica, promovida por la iniciativa individual; en el seno de una iglesia herética, la

de los *valdenses*, se habían formado grupos de predicadores que daban ejemplo de pobreza, como los de la iglesia primitiva y que debían hacer vida común con el pueblo, lo que no sucedía con los monjes de Cluny ó del Cister y menos con los de las órdenes militares inmensamente ricas. La protesta contra el lujo de los monasterios era sorda ó franca, pero universal; entonces un valdense convertido fundó una orden de hermanos pobres; algún tiempo después, un joven soñador italiano, Francisco de Asís, intentó renovar la vida de los apóstoles en el mundo cristiano, sin más arma que la palabra, ni más recurso que la limosna y fundó con algunos adeptos la orden de "los hermanos menores." Aprobada por Inocencio, á pesar de la repugnancia que dominaba en los próceres eclesiásticos para fundar nuevos grupos monásticos, pronto cundió por Italia y pasó al resto de Europa. Los hermanos grises, como les decían, por su sayal gris ceñido á la cintura por un cordel, eran tanto más populares cuanto mejor reflejaban el espíritu del fundador. Ciertamente, S. Francisco, es una de esas personalidades que mejor han realizado el ideal cristiano; es quien, por el corazón, se ha acercado más, entre los hombres, al Jesús infinitamente dulce y tierno de las Bienaventuranzas; así es que la nueva regla, la *nueva religión*, como decía la Iglesia, ponía sobre las prácticas devotas, la caridad; sobre el culto exterior, el culto del alma; sobre la lúgubre austeridad monacal, la alegría; sobre el terror de la justicia de Dios, la confianza en su misericordia; fué aquel un rayo de sol en la noche medioeval señoreada por la perpetua pesadilla del infierno. El inefable optimismo del poeta divino de Asís, se extendía á la naturaleza entera; los animales eran sus hermanos y alguna vez conversaba con ellos en pláticas impregnadas de candor y gracia inimitables; á su cuerpo le llamaba *mi hermano asno* y su hermana la muerte le sorprendió en un éxtasis de amor. Los mendigos de la religión franciscana, que constituían una especie de república cristiana, frente á las oligarquías comunales y las tiranías de la época, predicaban al pueblo en el lenguaje del pueblo, trivial, ardiente, acompañado de suspiros, gritos, cantos y risas; las masas se sintieron profundamente conmovidas; oían la voz misma de su alma y de sus esperanzas aquellas turbas desheredadas, y la Iglesia primitiva, en que la conciencia individual se dirigía á Dios sin trabas, parecía resucitar sin heregías, sin sacudimientos, por un milagro de amor y de fe. La orden mendicante de San Francisco, se mezcló, no sólo á la vida privada (el fundador había instituido una orden de hermanos de la penitencia ó tercera orden, para seglares de cualquiera condición), sino á la vida pública en las ciudades, en las que alentó al espíritu democrático vigorosamente y, algunas veces, como en la Francia del siguiente siglo, el patriotismo de las nacionalidades nuevas. Pronto hubo una escisión en la orden; los unos querían permanecer fieles á la regla de la pobreza estricta; los otros empezaron á fabricar conventos y á admitir riquezas; del lado de éstos se puso Roma.

Los monjes que ayudaban á Domingo de Guzmán á perseguir ó á convertir hereges, pronto constituyeron una orden mendicante también, y pronto se

extendieron por el mundo; en ella ingresaron numerosas personas ilustradas y, más que al pueblo, los hermanos predicadores que adoptaron hábitos negros y blancos, se dirigían á las clases acomodadas. Con el nombre de Inquisición era ya conocido y temido una especie de tribunal ambulante presidido por el obispo, con el objeto de *inquirir* en cada localidad quiénes tenían ó malas costumbres ó ideas extraviadas; después que la guerra hizo su oficio de muerte en la Francia meridional, tribunales análogos á los ya mencionados, pero constituidos *ad hoc*, se encargaron de extirpar la heregía por medio de procedimientos secretos en que jamás el reo conocía á sus testigos, ni podía ser defendido por otro, en que el *tormento* era el medio de prueba y la reclusión, el enmuramiento, ó la muerte aplicada por la autoridad laica, eran los castigos. Este tribunal se confió, por regla general, á los dominicos y pronto se extendió por el mundo, y como procedía con cierta independencia de los obispos, encontró grande hostilidad por doquiera y hubo comarcas donde no pudo implantarse, como Alemania, en que tribunales de este género, sólo los hubo temporalmente, después, contra los brujos ó hechiceros.—La *Inquisitio hereticae pravitatis* cumplió su misión en el siglo XIII, extirpó la heregía, pero preparó contra la Iglesia un argumento de hecho, que ha desviado de ella muchos millares de almas; los horrores de la Inquisición eran tan absolutamente contrarios al espíritu de amor del Evangelio, que si esta era una obra divina, aquella tenía que ser impía; históricamente considerada, fué un error capital. Se ha dicho para atenuarlo, que la Iglesia se ajustó á las costumbres de la época, pero si las costumbres eran malas debió sobreponerse á ellas; cierto, la heregía era considerada por la potestad civil, como un crimen de lesa majestad divina, mas esta legislación se debía al influjo de la Iglesia; es verdad que la Iglesia no mataba, sino que entregaba al reo *al brazo secular*, pero ¡ay! de la potestad civil si no hubiese aplicado la pena (que era la muerte por el fuego); es cierto que el tormento era el medio de prueba generalmente usado, mas esto era espantoso y la Iglesia debió en lugar de adoptarla, anatematizarla, si quería dar pruebas de su misión divina; es igualmente verdadero que el procedimiento secreto, constituía un progreso sobre el del juramento público, que nadie se atrevía á prestar contra los poderosos, pero en cambio estimuló la delación y llevó el terror y el recelo á lo más íntimo de los hogares. La Inquisición, uno de los más crueles instrumentos de dolor y de opresión que hubo jamás, no fué una institución cristiana; este es el inflexible veredicto de la historia.

2. El reinado de Felipe Augusto es decisivo en la historia de Francia, por tres circunstancias: dió á la nacionalidad francesa en vía de formación, casi todos sus límites naturales por el Occidente; organizó de un modo definitivo la administración del territorio; preparó los elementos que habían de acarrear la ruina del feudalismo. Gran político, más bien que un gran paladín como su rival Ricardo Corazón de

León, comenzó por aprovechar la querrela de los Plantagenets contra su padre Enrique II; aprovechó después la ausencia del nuevo rey de Inglaterra, Ricardo, á quien había abandonado en plena cruzada, para aliarse con Juan Sintierra, hermano de dicho Ricardo, cuyo trono codiciaba, y contra sus compromisos de caballero y de cristiano trató de apoderarse del patrimonio continental del rey de Inglaterra, que, de vuelta de la cruzada había sido capturado por el emperador de Alemania, Enrique VI. Cuando Ricardo recobró el trono y murió, no sin castigar á Felipe en sangrientos combates, empezaron sus disidencias con su antiguo aliado Juan, el nuevo rey de Inglaterra. La insoportable tiranía de éste, había rebelado contra él á los barones; Felipe, á consecuencia del asesinato del infortunado Arturo de Bretaña, y procediendo como soberano de Juan, por sus posesiones en Francia, invadió éstas y se apoderó de la mayor parte de ellas; Juan Sintierra se alió con el emperador alemán Otto de Brunswick y el conde de Flandes, que invadieron el territorio francés; Felipe rechazó victoriosamente la invasión en la batalla de Bouvines, en que combatieron las milicias comunales por el rey, aunque la victoria realmente se debió á la nobleza francesa (1214); esta batalla fué de gran trascendencia; ella decidió en Alemania la cuestión entre los güelfos y los gibelinos, dando el triunfo á éstos y á su jefe el joven Federico II; ella hizo posible la consecución de la *Carta magna*, fundamento de las libertades inglesas, á los barones rebeldes, y ella aseguró el desenvolvimiento posterior de la ya considerable monarquía francesa.—Felipe no sólo fué grande por esto, sino que por su inteligente protección á las artes y á la ciencia [fundó la Universidad de Paris que convirtió á la capital de la monarquía en el centro intelectual del Occidente cristiano] merece bien de la historia. La corte ó consejo del rey, se llamó desde entonces *Parlamento* y se compuso, además de los consejeros nobles, de hombres ilustrados eclesiásticos y laicos; estos últimos llamados *legistas*, imbuídos de la jurisprudencia romana, habían de ser los verdaderos autores de la monarquía absoluta levantada sobre las ruinas del feudalismo. Las provincias reales estaban administradas por *baillios* que daban cuenta de su administración al Parlamento y el rey pudo ordenar así la formación de listas de gastos y contribuciones, especie de rudimentario *presupuesto*. Felipe, para debilitar sin duda á las *comunidades juradas*, que eran verdaderas entidades feudales, fundó y protegió sus ciudades y burguesías que se acogían á los estatutos reales,

como los de Ruan; y estas ciudades, así privilegiadas [Paris era una de ellas] crecieron en importancia y riqueza, mientras las comunas libres decaían por la mala gestión financiera de sus gobernantes. En esas ciudades reales es en donde comenzó á formarse el *estado-llano* [tiers-état], que tamaño papel haría luego en la transformación de la monarquía.

3. En ningún país estaba organizado el poder monárquico tan vigorosamente como en Inglaterra, ya lo sabemos, y era que, en ninguno tampoco, el feudalismo podía presentar menos resistencia en grupos, debido á la diseminación y al carácter de los feudos; á diferencia de los franceses, los señores no tenían estados, sino propiedades; eran tierratenientes, no soberanos. Para oponerse al poder real necesitaban unirse todos, no sólo los barones encumbrados, sino también la nobleza rural y también las ciudades; sólo así podían contrastar la omnipotencia de la corona. Tal es la historia de la revolución que tuvo por primer desenlace la aceptación por el rey Juan de la *Carta magna*.—El papa Inocencio III, deseoso de emancipar la Iglesia de Inglaterra de la tiranía real, hizo nombrar en Roma mismo arzobispo de Kanterbury á Esteban Langton, hombre de vida santa y de carácter de fierro y lo puso frente á frente del rey Juan. Langton hizo causa comun con los barones, pues que todos luchaban por la libertad, mientras que Inocencio ponía al reino en entredicho, luego deponía á Juan y daba la corona de Inglaterra á Felipe Augusto, á quien constituía jefe de la cruzada contra el impío; el pontífice procedía como un monarca del mundo cristiano. Juan pidió perdón y hábilmente se declaró vasallo del papa, que se puso de su lado y comenzó á exigir, so pena de excomunión, la sumisión de los barones; á haberlo escuchado, las libertades inglesas habrían abortado; pero Langton resistió á todo y perdida en Bouvines la esperanza, Juan otorgó la Constitución que reclamaba el país y que no hacía más que precisar antiguas concesiones y costumbres; he aquí lo esencial de ella: "Ningún hombre libre podrá ser detenido ó aprisionado ó privado de sus bienes ó puesto fuera de la ley ó despojado de algun modo; nos comprometemos á no proceder y á no dejar proceder contra un hombre libre, sino por el juicio de sus pares y conforme á las leyes." Esta es la base de todo el sistema judicial inglés. El artículo que disponía que ninguna nueva contribución podía imponerse, sino con el consentimiento del *Gran Consejo*, compuesto de la nobleza y el clero, debidamente convocados,

es el fundamento del sistema constitucional.—Los ingleses que estuvieron á punto de darse un rey extranjero [el hijo de Felipe Augusto] por odio á Juan, cuando éste murió, se agruparon de nuevo en torno de su pequeño hijo, que fué Enrique III, que cuando se vió mayor de edad y se rodeó de una fastuosa y ávida corte de extranjeros, se acostumbró á violar y á restablecer la Carta magna, á trueque de violarla de nuevo; todo lo subordinaba á un deseo, recobrar las posesiones continentales de su familia. La anarquía y la opresión fueron las consecuencias de las inútiles tentativas de Enrique en Francia; el país se agotaba y los barones y obispos tornaron á aparecer amenazantes. Al frente de la resistencia se puso un hijo del famoso conquistador de Tolosa contra los albigenses, que tenía el mismo nombre de su padre, Simón de Monfort, de quien había heredado el título de conde de Leicester, por donde era súbdito inglés. El conde Simón, como le llamaba el pueblo, acaudilló á la nobleza cuando ésta, para remediar los males públicos, se presentó armada á la asamblea convocada en Oxford [1258]. Las concesiones arrancadas á Enrique III y conocidas con el nombre de *provisiones de Oxford*, sometían la corona al poder del Gran Consejo, ante quien eran responsables todos los agentes del monarca; de este consejo comenzaron á formar parte los representantes de las ciudades.—Enrique resistió y vencido en la lucha por Simón de Monfort, que era tan buen capitán, como buen patriota y hombre integérrimo, quedó cautivo, y Leicester, cuya popularidad era inmensa, gobernó el reino. Andando los años, las traiciones se multiplicaron en torno del gran conde, la lucha se reencendió y él y su hijo perecieron combatiendo.—Eduardo, hijo y heredero de Enrique, siguió la hábil política de desinteresarse de los asuntos del Continente y de consumar el dominio inglés sobre la Isla, conquistando el país de Gales y Escocia (aunque esto último no lo logró) y organizando una sabia administración. Él fué en realidad quien organizó el Parlamento inglés en que se transformó el Gran Consejo, dando en él representación formal, no sólo á la alta nobleza, sino á la pequeña nobleza rural, que representó, mediante la elección, á los condados, así como á los burgueses, que tuvieron el mandato de las ciudades. De modo que al fenecer el siglo XIII, Inglaterra había encontrado los órganos esenciales del gobierno libre.

4. En la historia de España fué capital también este siglo. La rota del conquistador de Toledo en Zalaca marcó un período de *alto* en la